



Tema 16: La oración habitual: orar la vida

Orad sin interrupción (1 Tes 5, 17). *Quiero que oréis en todo lugar* (1 Tim 2, 8). *Orad en todo tiempo* (Ef 6, 18).

Esta exhortación que San Pablo dirigía a los primeros cristianos, también nos lo repite a nosotros hoy.

Pero **¿cómo podemos orar en todo tiempo?** Quizá sepamos orar un rato. Sabemos dedicar un tiempo a la meditación, a la contemplación, o a rezar las horas litúrgicas escalonadamente a lo largo del día, desde la mañana hasta la noche, para santificarlo. Pero ¿cómo rezar todo el tiempo? Es decir, la exhortación de San Pablo a vivir en oración permanente, a orar sin interrupción ¿en qué consiste? ¿Cómo ha de hacerse? ¿Cómo hay que entenderla?

San Agustín daba esta explicación diciendo **"Oramos todo el tiempo con el deseo continuo de la fe, la esperanza y la caridad"**. Lo que significa **tener puesto el corazón en Dios mientras hacemos cualquier cosa, haciéndolo todo por amor a Él**. De esta manera toda nuestra vida se transforma en una continua oración. Pero esto es una gracia que Dios concede al alma que verdaderamente la desea y la pide. Es el **don de una vida envuelta en la presencia de Dios, transcurrida bajo su mirada y ofrecida en cada detalle sólo para su gloria**.

«Orar a Cristo es amarlo y amarlo significa cumplir sus palabras. La oración significa para mí la posibilidad de unirme a Cristo las 24 horas del día para vivir con Él, en Él y para Él. Si oramos, creemos. Si creemos, amaremos. Si amamos, serviremos» (Santa Teresa de Calcuta)

1. La oración como convivencia

La oración verdadera llega a ser una **convivencia con Dios**. Convivir no es sólo el hecho de vivir juntos, en la misma casa. Supone principalmente comunión de afectos, de intenciones y de deseos. La convivencia, es cierto, tiene sus llamadas horas de intimidad, en que los miembros de la familia se reúnen en el hogar y comparten las inquietudes, las alegrías y penas... pero la convivencia no se rompe cuando las imposiciones de la vida obligan a la separación física, porque **los corazones de todos viven unidos**; sigue la muda conversación de los afectos, el hogar sigue ejerciendo sobre todos una latente fuerza de atracción.

Lo mismo ocurre con la vida de oración: es un trato con Dios, una amistad con Él en el que no faltan las horas de intimidad en las que el alma trata a solas de amores con su Dios. Pero **al acabar esos coloquios de tú a tú con el Huésped divino, no ha de quedar rota la conexión de amor, permanece la convivencia con Él**.

Sabemos que **la oración es un contacto vivo con Dios**, que tiende de suyo a transformarnos en Él, a divinizarnos y divinizar todas nuestras cosas. Esa transformación afecta a toda nuestra vida y actividad.

En este sentido, dice el Catecismo de la Iglesia: *"La oración es la vida del corazón nuevo. Debe animarnos en todo momento. Nosotros, sin embargo, olvidamos al que es nuestra Vida y nuestro Todo. Por eso, los Padres espirituales en la tradición del Deuteronomio y de los profetas, insisten en la oración como un "recuerdo de Dios", un frecuente despertar la "memoria del corazón": "Es necesario acordarse de Dios más a menudo que del respirar" (S. Gregorio Nacianceno). Pero no se puede orar en todo tiempo si no se ora, con particular dedicación, en algunos momentos: son los tiempos fuertes de la oración cristiana, en intensidad y en duración"* (CIC 2697).

2. La oración habitual

Dice el P. B. Baur: Cuando hablamos de oración habitual, no se trata de la oración vocal, ni siquiera de la oración interior llamada contemplativa, ya que en la tierra nos es imposible a los hombres pensar

ininterrumpidamente en Dios y ocuparnos, con atención constante, en las cosas divinas.

Por **hábito de oración** hay que entender más bien la **prontitud interior para la entrega amorosa a Dios**, la sujeción filial a su santa voluntad y a las disposiciones de su divina providencia en todas las circunstancias de la vida. Es esa postura constante y esa decisión de la voluntad de aceptar todas y cada una de las cosas que Dios quiere de nosotros y de realizar con amor todo lo que nos sale al paso: deberes, reglas, prescripciones; esa costumbre de pronunciar siempre y en cualquier momento, y hasta las últimas consecuencias, a pesar de las molestias y sacrificio que nos exijan, la palabra del amor: *"Sí, Padre, porque así te agrada"* (Mt 11,26),

"Santificado sea tu nombre, hágase tu voluntad". Es esa disposición constante de aceptar incluso todas las dificultades, sinsabores, humillaciones, tentaciones y pruebas, desengaños, sufrimientos, enfermedades, etc, y recibir como de Dios las faenas de cada día.

Por ejemplo, cuenta el padre claretiano Gonzalo Fernández: *En la calzada, protegida por un toldo improvisado, encontré a una anciana de 86 años, a la que el terremoto había arrebato parte de la casa en la que vivía con su hija y sus nietos. Pero Lidia no había perdido la sonrisa, ni profería palabras contra Dios, ni deseaba morir. La única cosa que me pidió insistentemente fue la comunión. Me dijo con voz estremecida: Sin la comunión (sin recibir a Jesús) somos muy pobres... Con Él lo tenemos todo.*

El **fin próximo** de la oración cristiana es el hábito de oración, la continua unión interior con Dios, que vive en el fondo de nuestra alma y nos atrae fuertemente hacia sí. Al orar nos dejamos llevar por los impulsos del Espíritu Santo, permitiéndole que lleve a cabo su maravillosa obra en el alma. Así se acrisola en nosotros el amor que nos une con Dios, que **va transformando poco a poco nuestro modo de juzgar, pensar, querer, obrar y sentir**, nuestras acciones y misiones hasta que llegue a ser puro, deiforme y santo. El **fin remoto** de nuestra oración **es siempre la adoración y la gloria de Dios**.

La oración habitual es una entrega muda, casi inaccesible a nuestra propia conciencia, constante; una disposición de entrega de nuestro corazón y de nuestra voluntad a Dios y la suya, con el fin de dejarle colaborar con nosotros en el modo y medida que Él crea oportunos según su sabiduría y caridad divinas. Es la oración de la profundidad hecha en las más radicales intimidades del alma, allí donde ésta se une por medio de la gracia santificante con el Dios trino que vive y obra en ella.

A esta oración interior, como modo o conducta estable de unión y entrega a Dios, sirven y ayudan los actos de oración que se mueven, por así decirlo, en la periferia y son como una oración de superficie. En cambio, de la oración habitual brotan los actos de oración, que son más puros, frecuentes, perfectos y fecundos cuando el alma ha alcanzado con más seguridad el hábito de oración".

La oración que lleva a la identificación con el Señor genera una forma de vivir semejante a la del Hijo de Dios en la tierra, genera una nueva forma de amar. Es la que san Ignacio al final de sus ejercicios, en su contemplación para alcanzar amor, identifica con una actitud, la de **"en todo amar y servir"** [233], consecuencia natural del 'buscar y hallar a Dios en todas las cosas' (cf [1,4]), que ha de ser el empeño de todo orante.

Muy a propósito viene recordar aquí el "dogma cristiano más consolador" (P. Tomás Morales), el de la inhabitación de Dios en el alma y que es revelado directamente por el Señor en el Evangelio: *"Si alguno me ama, mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos morada en él"* (cf. Jn 14, 23).

Esta dulce realidad ha hecho las delicias de los Santos, que han llegado así a altas cimas de unión e identificación por amor con el **"Dulce Huésped del alma"**. Este dogma es también el fundamento del contemplativo en la acción o del **"contemplativo enamorado de Dios por los caminos del mundo"** (San Juan Pablo II). De él hablaremos en próximos temas de esta Escuela.

3. Importancia de las jaculatorias

¿Cómo avanzar en esta oración habitual? ¿Cómo conseguirla? Es, como decimos, **un don de Dios**, pero el alma debe prepararse para ello, suplicar el don y hacer lo que esté en su mano para conseguirla.

Conviene dar mucha importancia al **ofrecimiento de obras** al principio del día (hacerlo todo: pensamientos, palabras y obras, para gloria de Dios), y actualizar con el deseo y el recuerdo, siempre que sea posible, ese ofrecimiento durante la jornada.

Hacer también bien el **examen particular y el examen del amor**, al final del día. En él podemos dar gracias por todo lo recibido y poner amor en todo lo que durante el día, no haya puesto amor.

Y algo muy eficaz son las **jaculatorias**. Repetir muchas veces una frase de amor. Decía san Juan Crisóstomo: *Aunque estés fuera de la iglesia, exclama: Ten piedad de mí. No te contentes con mover los labios, grita con el pensamiento. Incluso los que se callan son escuchados por Dios. Lo que importa no es el lugar. Reza de viaje, en la cama, en el trabajo, en cualquier lugar que sea. Eres templo de Dios, no te preocupes del lugar, sólo tu voluntad es necesaria.*

Lo importante es el amor con que decimos las palabras. A una enamorada no le importa que su novio le diga siempre las mismas palabras de amor, porque cada día le parecen distintas y, además, porque cada día necesita escucharlas para sentirse feliz. El amor es siempre igual y siempre distinto. Lo mismo pasa con la oración. **Dios está locamente enamorado de nosotros** y siempre nos dice las mismas palabras en nuestro interior: *Tú eres mi hijo querido, un latido de mi corazón hecho historia. Tú eres lo más importante del mundo para mí. Te amo infinitamente.* Por ejemplo: *Te amo desde toda la eternidad* (Jer 31, 3). *Tú eres a mis ojos de gran precio, de gran estima, y yo te amo mucho* (Is 43, 4).

En la espiritualidad oriental es de gran valor la "Oración de Jesús", que consiste en repetir muchas veces *'Señor Jesucristo, Hijo de Dios, apiádate de mí, pecador'*. Con esa frase están adorando a Cristo, reconociendo su divinidad y haciendo un acto de contrición, un acto penitencial. Es bellísima esta breve oración.

"Ellos dicen que no sólo se la repite verbalmente sino que si uno se acostumbra a decirla siquiera en lo interior, sin que la voz se oiga, esa oración se va acompasando al latido del corazón y se convierte en lo que se llama una 'oración del corazón'. Esta es una especie de solución, práctica si se quiere, a ese mandato del Apóstol que hay que orar todo el tiempo sin desfallecer".

También en Occidente es eficaz. San Agustín (354-430) fue uno de los que más aconsejaba repetir muchas veces: *Dios mío, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme.* Esta práctica fue muy usada por nuestros grandes maestros espirituales y santos. De san Francisco Javier se dice que repetía incansablemente: *¡Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí! ¡Oh, Virgen María, Madre de Dios, acuérdate de mí!* El jesuita William Doyle repetía una jaculatoria unas cien mil veces al día. El hermano lasallista Mutien Marie hacía lo propio muchas veces más. El jesuita Juan Bautista Reus (+ 1947) decía unas doce mil veces cada día: *Jesús, José y María.*

4. Ventajas de centrar la vida espiritual en la oración

a. Nos lleva a la Santidad

Este camino de la oración u oración habitual **es la santidad llevada a la vida misma**. Oración y santidad se requieren mutuamente. No se da una sin la otra. La razón es sencilla: **La santidad no es otra cosa que la transformación en Dios por el amor.** Ahora bien, el amor nace de la intimidad, y la intimidad nace del trato frecuente. Y esto es, precisamente, la oración habitual.

Decía el P. Llorente en una carta a las Carmelitas: *"El Santo es un milagro de la gracia. Hace lo que hacen los muy buenos, pero lo hace mejor o hace más. Un poco más de humildad, un poco más de "burro de carga", un poco más de refinamiento en la caridad, fervor más encendido; más visitas al sagrario y más largas. O no se disculpa, o se disculpa menos. En el beso al crucifijo pone unas onzas más de cariño. Cuando mira a Dios lo hace con una sonrisa más encantadora. El celo de la gloria de Dios y la salvación de las almas le pone el corazón en ascuas. El Santo es el que siempre hace un poco más y mejor. Para él, Dios tiene la prioridad en todo. No le niega nada de lo que le pida. Al contrario, su mayor gusto es darle gusto en todas las cosas"*.

b. Fomenta las virtudes

Con la oración habitual, además, se ejercitan y crecen un gran número de virtudes. Más aún, en su raíz más honda, **la oración es el ejercicio de las tres virtudes teologales**, iluminadas muchas veces por los dones del Espíritu Santo.

Santa Teresa, con una expresión feliz y llena de belleza, llama **"siervos del amor"** a los que han comenzado a hacer vida de oración, como dando a entender que orar el día vale tanto como estar siempre sometidos al influjo de la más alta de las virtudes cristianas, que es la caridad. Estas son sus palabras:

"Hablando ahora de los que comienzan a ser siervos del amor (que no me parece otra cosa determinarnos a seguir por este camino de la oración al que tanto nos amó) es una dignidad tan grande que me regalo extrañamente en pensar en ella". Y añade: *"porque (la oración constante) es principio para alcanzar todas las virtudes y cosa que nos va la vida en comenzarla todos los cristianos"*.

Igualmente decía el Señor a Santa Catalina: *"Sabrás, hija muy querida, que perseverando el alma verdaderamente en la oración humilde, continua y devota, adquiere todas las virtudes. Por eso debe perseverar en ella y no dejarla, ni por ilusión del demonio, ni por fragilidad propia"* (Diálogo VI, c.16).

S. Juan de la Cruz, aunque se refiere a la purificación de las Noches en la oración, habla en el mismo sentido: *"Hay otro provecho muy grande para el alma en esta noche y es que se ejercita en las virtudes por junto, como es la paciencia y longanimidad, las cuales se ejercitan bien en estas sequedades y vacíos, sufriendo el perseverar en estos espirituales ejercicios sin consuelo y sin gusto. Ejercítase la caridad de Dios, pues ya no por el gusto atraído y saboreado que halla en la obra es movido, sino sólo por Dios. Ejercita aquí también la virtud de la fortaleza, porque en estas dificultades y sinsabores que halla en el obrar saca fuerzas de flaqueza y así se hace fuerte; y, finalmente, en todas las virtudes así teologales como cardinales y morales, corporal y espiritualmente se ejercita el alma en estas sequedades"* (Noche oscura 1,13 S)

c. Eficacia apostólica

Esta es otra de las ventajas. Dice en este sentido Santa Teresa de Calcuta: *«Es imposible comprometerse en un apostolado directo, si no es desde una auténtica oración. Debemos tratar de ser uno con el Padre. Nuestra actividad no será verdaderamente apostólica si no le permitimos obrar en nosotros, a través de nosotros, gracias a su poder, a sus planes y a su amor».*

«El conocimiento que comunicamos debe ser el de Jesús crucificado y, como dice san Agustín: "Antes de dejar de hablar a la boca, el apóstol ha de elevar su propia alma sedienta a Dios para luego poder entregar cuanto ha bebido, vertiendo en los demás aquello de lo cual estamos colmados".

Y san Juan de la Cruz: *«Adviertan los que son muy activos que piensan ceñir el mundo con sus predicaciones y obras exteriores, que mucho más provecho harían a la Iglesia y mucho más agradecerían a Dios –dejando aparte el buen ejemplo que de sí darían– si gastasen siquiera la mitad de ese tiempo en estarse con Dios en oración. Ciertos, entonces harían más y con menos trabajo con una sola obra que con mil, mereciéndolo su oración y habiendo cobrado fuerzas, espirituales en ella; porque de otra manera, todo es martillar, y hacer poco más que nada, y a veces nada, y aun a veces daño»* (Cántico espiritual, canción 29, 1 y 2) *«Al fin, para este fin de amor fuimos creados"*.



16. MODELOS Y TESTIGOS: 22 Misioneros Oblatos, mártires

San Juan Pablo II invitó a las iglesias locales a hacer todo lo posible porque no se perdiera el recuerdo de los mártires. Pues ellos son para la Iglesia una preciosa herencia que no se debe perder y que se ha de transmitir a la posteridad como un deber de gratitud y un claro deseo de imitación.

La persecución religiosa sufrida en España durante los años 30 alcanzó tristemente su apogeo en los primeros meses de la Guerra Civil española, desde julio a diciembre de 1936, y se prolongó, aunque con menor crudeza, hasta marzo de 1939.

Hoy es conocido por todos, como hecho claro y objetivamente demostrado, que **fueron muy numerosas las víctimas de esa persecución**: obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y seglares católicos fueron asesinados por motivos exclusivamente religiosos. Fueron 6.832 eclesiásticos los sacrificados en esa persecución: 12 obispos, 4.172 sacerdotes del clero secular; 2.365 religiosos y 283 religiosas.

La Congregación de los Misioneros Oblatos de María Inmaculada fue una de las que sufrieron las consecuencias de esa persecución: el Seminario Menor de Urnieta (Guipúzcoa) fue totalmente destruido, pasto de las llamas, a raíz de un bombardeo intencionado; el Seminario Mayor o Escolasticado de Pozuelo de Alarcón (Madrid) fue incautado por el Comité revolucionario y convertido en prisión; la Casa Provincial, Madrid, fue ocupada sin previo aviso y expulsados todos los religiosos que en ella se encontraban.

En sólo cuatro meses, un total de 22 religiosos sufrieron el martirio: el Superior Provincial, cuatro de los formadores del Escolasticado, tres Hermanos Coadjutores y quince escolásticos, religiosos seminaristas (uno de ellos recién ordenado de sacerdote) que realizaban los estudios de Filosofía y Teología y se preparaban para llevar un día el mensaje del Evangelio allí donde, como misioneros, discípulos del Maestro, fueran enviados.

Estos son sus nombres: *Francisco Esteban Lacal, Vicente Blanco Guadilla, José Vega Riaño, Juan Antonio Pérez Mayo, Gregorio Escobar García, Juan José Caballero Rodríguez, Justo Gil Pardo, Manuel Gutiérrez Martín, Cecilio Vega Domínguez, Publio Rodríguez Moslares, Francisco Polvorinos Gómez, Juan Pedro Cotillo Fernández, José Guerra Andrés, Justo González Llorente, Serviliano Riaño Herrero, Pascual Aláez Medina, Daniel Gómez Lucas, Clemente Rodríguez Tejerina, Justo Fernández González, Ángel Francisco Bocos Hernando, Eleuterio Prado Villarroel y Marcelino Sánchez Fernández.*

A estos 22 oblatos se unió, en un mismo acto de generosa entrega, el seglar y padre de familia **Cándido Castán San José**, muy conocido en el pueblo de Pozuelo Alarcón, donde residía, y **ejecutado por su vivencia nada disimulada de la fe católica.**

La respuesta pronta y generosa de estos mártires, llena de juventud y de vida, a la llamada de Cristo, el Dueño de la mies, encontró su plena realización en la entrega –oblación– total de sus propias vidas en la prueba suprema del martirio.

El conocimiento que los religiosos seminaristas, y más aún los formadores, tenían del ambiente antirreligioso que animaba a



muchos habitantes de Pozuelo, hacía conscientes, a todos los miembros de la comunidad oblata, de la situación difícil que se avecinaba, apenas iniciada la guerra civil.

Ante ese ambiente, la formación para el sacrificio y la entrega, en austera pobreza y en gozoso empeño por seguir a Cristo y ser sus cooperadores, iba fortaleciendo y madurando en formadores y estudiantes, la total disponibilidad para lo que el futuro reclamara en esa misma línea de entrega y servicio a la causa de Cristo.

El futuro previsto no tardó en hacerse presente. Cuando hacía sólo cuatro días que había comenzado la guerra, el odio a la fe que prendió fuego en varias iglesias de Madrid y que los seminaristas veían arder desde su propia casa de Pozuelo, llegó al convento de los Misioneros Oblatos de modo violento.

Tras una brutal ocupación del inmueble, **todos los religiosos fueron hechos prisioneros en su propia casa, sin más culpa ni delito que la plena y exclusiva**

dedicación de sus vidas a prepararse para servir más y mejor a la Iglesia.

El calvario allí iniciado fue tan breve como duro para siete de ellos, un sacerdote y seis estudiantes, y para el seglar Cándido Castán San José, que, detenido en su propia casa fue llevado como prisionero al convento: sólo día y medio después de ser detenidos, los ocho fueron sacados del convento y asesinados.

Los demás religiosos, con indicios claros de la suerte que había tocado a sus hermanos, prosiguieron el camino del sufrimiento, durante casi cuatro meses. La cruz a la que se habían abrazado, como fieles seguidores del Crucificado, iba señalando las distintas estaciones de un mismo calvario: cárceles, refugios clandestinos, familias, riesgo constante, hasta llegar, también ellos, a la oblación cruenta en heroica fidelidad a quien era ya, desde hacía años, el centro de sus vidas.

*"Sobre la vida que llevaban en la cárcel, dice un testigo, quiero señalar dos aspectos. Uno fue la **dedicación que tuvieron los religiosos hacia los demás prisioneros**, en cuestión de enseñanza y caridad, dentro de sus posibilidades. Intentaban vivir una vida de piedad, rezando el Rosario.*

El segundo aspecto era el trato que recibían por parte de los carceleros. Fue muy duro, intentando separar a los más jóvenes, buscando que blasfemasen y que apostataran de la fe, comentando entre los milicianos que si no podían con los más jóvenes, con los mayores sería imposible. 'Éstos no tienen remedio' decían los milicianos. Llegaban inclusive al maltrato físico dándoles culatazos en los pies, siendo ésta una de las torturas más frecuente". (...) "Las condiciones físicas eran muy duras porque no les daban de comer con regularidad y además la comida era mala. Apelotonamiento en las celdas, pasando frío... En la cárcel de San Antón el hacinamiento era tal que algunas noches tenían que dormir de pie"

El P. Felipe Díez, superviviente, nos cuenta que en el momento de la muerte, el **P. Francisco Esteban Lacal**, que era el Provincial, pidió permiso para dar la absolución a sus compañeros. Y sus palabras últimas fueron: **"Sabemos que nos matáis por ser sacerdotes y religiosos. Os perdonamos. ¡Viva Cristo Rey!"**.

Aunque el martirio de cada uno de los 22 es emocionante y digno de admiración, recordamos aquí, como botón de muestra, el breve testimonio de dos de ellos:

SERVILIANO RIAÑO HERRERO (20 años)

Nació en Prioro. Provincia y diócesis de León, el 22 de abril de 1916. En 1927 ingresa en la Congregación de los Oblatos. Joven humilde, sencillo y siempre muy piadoso, extrovertido y jovial, desea prepararse para dar salida a su celo apostólico en cualquier misión extranjera.

El 22 de julio de 1936 fue detenido con todos sus hermanos de comunidad, en Pozuelo. De modo no del todo inesperado y siempre violento, el convento fue convertido en cárcel. De ella fue sacado con sus compañeros de prisión hasta la Dirección General de Seguridad, situada en la Puerta del Sol, centro de Madrid. Liberado al día siguiente, comienza una vida en clandestinidad con algunos de sus compañeros, hasta que el día 15 de octubre, en una redada de búsqueda y captura, fue de nuevo detenido y encarcelado.

El 7 de septiembre de 1936 oye su nombre entre los que son llamados a ser "puestos en libertad". Consciente de lo que esto significaba y preparado para aceptar el sacrificio de la oblación cruenta que Dios le depara, llama al P. Mariano Martín o.m.i. por la mirilla de la celda. Le pide y recibe la absolución. Con ánimo decidido sube a la camioneta que le trasladará hasta Soto de Aldovea, lugar cercano a Paracuellos. Allí fue martirizado. Tenía 21 años.

Cuenta su hermana Sabina, religiosa de la Sagrada Familia de Burdeos:

"Pasamos mucho tiempo sin saber nada más de él. Vivíamos angustiados de no saber qué pasaba con él. Y la angustia aumentaba cuando llegaba la noticia de la muerte de otros del pueblo (dos Agustinos de El Escorial también martirizados). Después ya nos dijeron que a Serviliano lo habían identificado por un papelito que llevaba en la chaqueta.

*Entonces fue mi padre a Madrid. Cuando volvió, a mi madre le contó sólo algunas cosas, pero a mí me dijo que le habían dicho cómo había muerto: le ataron por el brazo con otro, le ataron las manos a la espalda, le cortaron sus partes, le dieron un tiro y cayó en la zanja con todos. Lloraba mi padre al contármelo. A la vez manifestaba su gran convicción de que **su hijo era mártir**".*

Nació en Tiedra, provincia y diócesis de Valladolid, el 12 de noviembre de 1912. Era el benjamín de la familia.

Sus compañeros dicen que "Publio era el juglar de la comunidad: cantaba, reía, hacía versos y refería anécdotas salpicadas de refranes y dichos populares". Incluso en la cárcel, recluido en una misma celda con otros hermanos religiosos, para entretener el tiempo y hacer más llevadera la prisión, hacía comedias en verso, nos dice un testigo.

Tenía espíritu misionero y suspiraba por las Misiones. Supo soportar con entereza y alegría las cárceles de Madrid y cuando provisionalmente le dieron libertad, fue sobre todo él quien hizo de enlace entre sus compañeros de calvario y sus Superiores, yendo de un sitio para otro.

Después del martirio, su madre en una carta escribió lo que su hijo le dijo al despedirla mientras le entregaba un Crucifijo: **"Bésalo muchas veces y, venga lo que venga, piensa que todo lo que suframos por Él, por mucho que nos parezca, será poco para lo que Él nos ama y sufrió por nosotros"**.

Al terminar la guerra su familia fue a Madrid. Cuenta la hermana:

"Mi madre se había enterado de que Publio había estado en la cárcel Modelo y quería ir allá. Mi padre intentaba disuadirla porque era la primera línea del frente. No obstante, como ella se empeñaba, mi padre quiso que la acompañáramos mi hermana y yo. Entre aquellas ruinas, ella buscaba en las diversas celdas y corredores. De repente comenzó a gritar: ¡Aquí, aquí! Y se introdujo en un habitáculo pequeño. Entramos con ella y vimos toda la pared escrita. Pude ver cómo en un rincón había unas palabras que destacaban más que las otras, porque estaban escritas en rojo, y que decían: 'Madre, me llevan a matar, muero por Dios (...) No llores, me voy con Dios. ¡Viva Cristo Rey!' Y firmaba Publio.

Ella se arrodilló, besó la pared, y con una especie de navaja, cortó un trozo de la pared donde estaba la inscripción. Fue entonces cuando me enteré de que lo habían llevado a matar a Paracuellos del Jarama. Mi padre ya lo sabía; pero no había hecho ningún comentario delante de nosotros".

Los 22 misioneros oblatos fueron beatificados el de en la Catedral de la Almudena de Madrid. San Juan Pablo II había dicho:

"Al brillante y glorioso ejército de los mártires pertenecen no pocos cristianos españoles asesinados por odio a la fe en los años 1936-1939, (...) por la inicua persecución desencadenada contra la Iglesia, contra sus miembros y sus instituciones.

Con particular odio y ensañamiento fueron perseguidos los obispos, los sacerdotes y los religiosos cuya única culpa – si se puede hablar así- era la de creer en Cristo, anunciar el Evangelio y llevar al pueblo por el camino de la salvación.

Eliminándolos, esperaban, los enemigos de Cristo y de su doctrina, hacer desaparecer totalmente la Iglesia del suelo de España".



16. EJERCICIO DE ORACIÓN PARA ESTA SEMANA

Para la oración de esta semana se propone, antes de la meditación del domingo, una meditación sobre las apariciones de la Santísima Virgen de Lourdes, con motivo de esta festividad. Esta fiesta es una oportunidad extraordinaria para crecer en amor a la Virgen y, por medio de Ella, en intimidad divina.

APARICIONES DE LA VIRGEN DE LOURDES

El 11 de febrero celebra la Iglesia cada año la festividad de la Virgen de Lourdes, recordando sus apariciones a Santa Bernardita en 1858. Esto fue lo que sucedió:

Los álamos extienden sus brazos desnudos hacia un cielo plomizo en la mañana del 11 de febrero. Paisaje invernal, frío intenso, día de helada calma. En el silencio se escucha estrépito de molinos a la orilla del Gave. Lourdes, minúsculo caserío asentándose en el extremo de los siete valles de Lavedan.

La roca de Massabielle, florecida de musgo y cuajada de nichos naturales. El río, lamiendo sus pies, aparece sombreado de olmos y fresnos. Praderas con setos tapias bordean sus orillas que escuchan el murmullo cadencioso de las aguas. Incomparable sinfonía que, como música venida del cielo, arrulla oídos y embelesa corazones.

Éste es el marco inolvidable elegido por la Virgen para aparecerse entre nosotros. La sorprendente belleza natural del paisaje contempla extasiada dieciocho apariciones, del 11 de febrero al 16 de julio de 1858. Cuatro años antes, Pío IX, rodeado de cardenales y obispos de toda la cristiandad, lanza al mundo, en la mañana del 8 de diciembre, la bula *Ineffabilis*, acogida con un delirio de gozo en toda la tierra. El Papa declaraba: **"María es la Inmaculada Concepción"**. Ahora viene la Virgen misma a decimos: **"Sí, el Papa dijo la verdad. Soy la Inmaculada Concepción"**. Y una catarata de milagros, curaciones portentosas de cuerpos y almas prolongándose desde entonces, es Dios mismo diciendo que María es Inmaculada.

La mañana de aquel inolvidable 11 de febrero, una niña analfabeta, tan ruda que ni siquiera ha podido aprender el catecismo y hacer la primera comunión, sale a buscar leña. La acompañan una hermana suya y una amiguita. Recién regresada de Bartrés, donde había estado haciendo de pastorcita, se dirige al Gave, frente a la roca de Massabielle.

Es mediodía, la hora del Ángelus. Empieza a descalzarse para unirse a sus compañeras y atravesar el río. Un fragor como de tempestad desencadenada la conmueve. Dirige su vista hacia una concavidad que había en la roca encima de ella, y la encuentra ocupada por una jovencita de su misma estatura. Ella misma nos lo cuenta.

"Alcé los ojos, miré hacia el hueco de la peña. Vi que se movía un rosal silvestre que había en la entrada, pero no los zarzales que lo rodeaban. Advertí luego en el hueco un resplandor. Enseguida apareció sobre el rosal una mujer hermosísima, vestida de blanco. Me saludó inclinando la cabeza. Retrocedí asustada. Quise llamar a mis compañeras, pero no pude. Creyendo engañarme, me restregué los ojos... Al abrirlos de nuevo, vi que la aparición me sonreía. Me hacía señas para que me acercase. Pero yo no me atrevía... No es que tuviese miedo, pues el miedo hace huir, y yo me hubiera quedado mirándola toda la vida..."

TE QUIERO, ME OFREZCO, AYÚDAME

Tres palabras para tu oración estos días con la Virgen:

1. TE QUIERO. Madre. ¡Bendita entre todas las mujeres! Visitas hoy la tierra de mi corazón, lo embriagas de amor, multiplicas sus riquezas. Te quiero. *"Dios te salve, María"*. Mi corazón se enternece de amor al verte descender del cielo en estos días para consolarme. Me repites dieciocho veces que me quieres, que no me dejarás hasta verme en el cielo. Te quiero, y quiero quererte más, enamorarme de ti, pues **la única medida para amarte es amarte sin medida**, como me enseña S. Bernardo.

Sólo así, con el corazón lleno de tu amor, estaré inmunizado, no me contagiarán cariños de tierra, seré fiel hasta la muerte.

Necesito quererte mucho, Madre. Sé que **la vida de un cristiano es fragor de combate asediado de enemigos, pero la batalla es corta y el premio es eterno**. Dentro y fuera, los adversarios me acosan. Necesito tu amor. En tu cuarta aparición, 18 de febrero, dices a Bernardita: **"No te prometo hacerte feliz en este mundo, pero sí en el otro"**. Lo sé, Madre querida. En esta tierra no seré feliz. Estará siempre abierta la herida de amor que sólo el cielo cicatrizará. Allí se cumplirán todas mis nostalgias. Te quiero, Madre.

2. ME OFREZCO. Te apareces dieciocho veces pidiendo santidad conquistadora. **Quieres almas que se ofrezcan para que los pecadores se conviertan, la juventud se salve**. Tu mensaje es de santidad y conquista por un mundo nuevo. Pío XII eligió este día para lanzar un grito de alerta. Es el primer mensaje para un mundo mejor, 10 de febrero de 1952.

"Hemos escogido la festividad de la Virgen de Lourdes para confiar nuestras inquietudes. Esas prodigiosas apariciones dieron a un siglo de desbordamiento racionalista y depresión religiosa, la respuesta misericordiosa de Dios y de su Madre celestial a la rebelión de los hombres. La irresistible invitación además, hacia el mundo de lo sobrenatural, primer paso para una progresiva renovación religiosa".

Me ofrezco, Madre. Quiero ofrendarte esa santidad labrada con penitencia, en perfecto olvido propio, por mis hermanos. Penitencia por los pecadores. En la sexta de tus apariciones, el 21 de febrero, Bernardita escucha unas palabras que la obsesionarán toda la vida. *"Apartando de mí su mirada, la dirigió a lo lejos, por encima de mi cabeza. Enseguida, volviéndola sobre mí, me dijo: 'Ruega a Dios por los pecadores'"*. Quiero, Madre, ver tus ojos que se levantan de mí, contemplan el infinito, mientras tus labios maternales me repiten: **"Ruega a Dios por la conversión de los pecadores"**.

La expresión de bondad y serenidad de tu rostro tranquilizó a la niña. Y a mí también me inundas de paz al hacerme portador de tu consigna. **Sí, me ofrezco a hacer penitencia, a hacerme picadillo por Dios y las almas**, como escribía una carmelita. A dejarme triturar por Él, aceptando en mi corazón y pronunciando: *"Aquí, el esclavo, hágase"*.

Me ofrezco como aquella santa niña. El miércoles 24 de febrero, octava aparición. Bernardita nos transmite por primera vez el mensaje de María. Inaugura su misión pública. Herald de la Virgen, vocero de la Inmaculada, lanzará al mundo el pregón que todos deben amplificar. Estaba arrodillada al pie de la gruta. Los asistentes observaron que se entristecía. ¿Qué le estará diciendo la Virgen?...

El repugnante cuadro de los pecados de los hombres, la inminencia de un castigo fulminante, la urgencia de santas expiaciones, impresionaban el alma de la niña. Llorando, se levanta. Juntando las manos, parece como si quisiera dirigirse a la multitud. Los que están más cerca oyen la voz de la vidente hablando aún en éxtasis. Una palabra repiten sus labios temblorosos: **"Penitencia, penitencia, penitencia"**. Esta palabra corre en boca de los asistentes. Debe torturar tu corazón en estos días, preparando una Cuaresma de purificación y anhelo, en espera de la Pascua que haga resucitar a muchos.

3. Te quiero, me ofrezco, pero sobre todo **AYÚDAME. Soy la debilidad andando, caigo mil veces en el camino del Evangelio. Ayúdame.** Te pido un milagro. Sí, uno de esos milagros que tanto te gusta conceder. Esa cascada de curaciones en Lourdes que todavía no ha cesado me llena de confianza. Quiero entrar por el camino de la santidad, sencilla y alegre como la tuya. Ayúdame, eres todopoderosa, la omnipotencia suplicante, la Inmaculada Concepción.

Así se lo dijiste a Bernardita el 25 de marzo, decimosexta de tus apariciones. Te preguntaba dos veces quién eras; nada respondes. Pero a la tercera separas tus manos juntas hasta entonces. Inclinandolas, haces resbalar hasta la muñeca tu rosario de alabastro y oro. Juntas de nuevo tus manos, las cruzas sobre el pecho como para contener los latidos de tu corazón. Levantas tu mirada al cielo, y revelas tu secreto: **"Soy la Inmaculada Concepción"**.

AYÚDAME. Dame tu poderosa mano para escalar al cielo. Es la súplica de la misa: *Señor, el corazón de Tu Madre Inmaculada proteja con su ayuda maternal a cuantos nos sacia el celestial alimento, para que lleguemos a la patria eterna.*

Cuando en la primera aparición la Virgen invitaba a Bernardita a acercarse, la niña no se atrevía. *"No es que tuviese miedo, pues el miedo nos hace huir, y yo me hubiera quedado mirándola toda la vida"*. Es nuestra actitud. Mirarla toda la vida, amarla con locura para convertirnos en sus manos visibles, repartiendo sus regalos a nuestros hermanos.

MEDITACIÓN DEL EVANGELIO DEL DOMINGO (13 de febrero)



Lectura del santo Evangelio según san Lucas 6, 17.20-26

En aquel tiempo, bajó Jesús del monte con los Doce y se paró en un llano, con un grupo grande de discípulos y de pueblo, procedente de toda Judea, de Jerusalén y de la costa de Tiro y de Sidón.

Él, levantando los ojos hacia sus discípulos, les dijo: «Dichosos los pobres, porque vuestro es el reino de Dios. Dichosos los que ahora tenéis hambre, porque quedaréis saciados. Dichosos los que ahora lloráis, porque reiréis. Dichosos vosotros, cuando os odien los hombres, y os excluyan, y os insulten, y proscriban vuestro nombre como infame, por causa del Hijo del hombre. Alegraos ese día y saltad de gozo, porque vuestra recompensa será grande en el cielo. Eso es lo que hacían vuestros padres con los profetas. Pero ¡ay de vosotros, los ricos!, porque ya tenéis vuestro consuelo. ¡Ay de vosotros, los que ahora estáis saciados!, porque tendréis hambre. ¡Ay de los que ahora reís!, porque haréis duelo y lloraréis. ¡Ay si todo el mundo habla bien de vosotros! Eso es lo que hacían vuestros padres con los falsos profetas.»

Comentario de Benedicto XVI

El sermón de las bienaventuranzas no se trata de una nueva ideología, sino de una enseñanza que procede de lo alto y que toca a la condición humana, que el Señor, al encarnarse, quiso asumir para salvarla. Por este motivo, «el sermón de la montaña se dirige a todo el mundo, en el presente y en el futuro y sólo puede ser comprendido y vivido en el seguimiento de Jesús, caminando con Él» (*Jesús de Nazaret*). **Las Bienaventuranzas son un nuevo programa de vida para liberarse de los falsos valores del mundo y abrirse a los verdaderos bienes presentes y futuros.** Cuando Dios consuela, sacia el hambre de justicia, enjuga las lágrimas de los afligidos, significa que, además de recompensar a cada uno de manera sensible, abre el Reino de los Cielos. «Las Bienaventuranzas son la transposición de la cruz y de la resurrección en la existencia de los discípulos». Reflejan la vida del Hijo de Dios que se deja perseguir, despreciar hasta la condena a muerte para dar a los hombres la salvación.

Un antiguo eremita afirma: «**Las Bienaventuranzas son dones de Dios y tenemos que darle verdaderamente gracias por habérselas dado y por las recompensas que se derivan de ellas, es decir, el Reino de los Cielos en el siglo futuro,** el consuelo aquí, la plenitud de todo bien y la misericordia de Dios...», cuando uno se ha convertido en imagen de Cristo sobre la tierra» (Pedro de Damasco). El Evangelio de las Bienaventuranzas se comenta con la historia misma de la Iglesia, la historia de la santidad cristiana, pues –como escribe san Pablo– «**Dios eligió lo que el mundo tiene por necio, para confundir a los sabios; lo que el mundo tiene por débil, para confundir a los fuertes; lo que es vil y despreciable y lo que no vale nada, para aniquilar a lo que vale**» (1 Corintios 1, 27-28). Por este motivo, la Iglesia no tiene miedo de la pobreza, el desprecio, la persecución en una sociedad con frecuencia atraída por el bienestar material y por el poder mundano. San Agustín nos recuerda que «lo que ayuda no es sufrir estos males, sino soportarlos por el nombre de Jesús, no sólo con espíritu sereno, sino incluso con alegría»

MEDITACIÓN (Puntos del P. Tomás Morales S.J.)

Las bienaventuranzas son el programa de vida que han seguido fielmente todos los santos, y les ha conducido al Cielo. Ellos supieron hacer de su vida heroísmo al servicio de Cristo. **Tuvieron la valentía de perder la vida para salvar el alma, viviendo el paradójico programa de las Bienaventuranzas.** Quien salva su vida, la perderá. Y quien pierde su vida por mi amor, la salvará (Mt 10,39).

Es imposible, pues, comprender bien su significado sin el ejemplo de tantos hermanos nuestros que habiéndolo vivido fiel y valientemente, ven ya en el cielo colmada del todo su esperanza. **Los santos y mártires nos fortalecen y animan a ser coherentes con la fe.** El testimonio de los cristianos primitivos es muy elocuente. Necesitaban llenarse de heroísmo para dar su vida por el Maestro querido. El ejemplo de sus hermanos mártires les fortalecía. Así, empezaron a conmemorar todos los años el aniversario de su muerte, mejor, el día de su nacimiento para el cielo: *dies natalis*.

También hoy, como un día a los primeros discípulos, nos ve Jesús a nosotros, se sienta en el sagrario y abre sus labios para enseñarnos cómo tenemos que conquistar el cielo. **Las bienaventuranzas nos marcan el camino.** Recorriéndolas, subieron al cielo nuestros hermanos los santos.

—«Madre querida: tú, Reina de todos los santos y Madre nuestra queridísima, deja que la palabra de Jesús resuene en nuestros corazones. **Haz silencio profundo** para que su voz nítida y suave se perciba. Tú harás que creamos en Él. En su palabra, tan difícil de entender». Proclama una felicidad paradójica, **una felicidad que se encuentra en el desasirse de todo y de todos para encontrar el amor,** para salvarse, para conocer, amar y gozar de Dios siempre.

➤ **Bienaventurados los pobres, porque es vuestro el Reino de los cielos**

Los pobres de espíritu, los que se olvidan, en perfecto silencio, de sí mismos. Los que se desprenden no sólo del dinero, sino del apego a cosas, personas, al «yo». Son los pobres de Dios. Los que se dan cuenta que nada ni nadie es capaz de satisfacer los anhelos de felicidad que sienten. Los que con Santa Teresa saben que «**sólo Dios basta**». Los que con Juan de la Cruz se abandonan a sí mismos para amar: «Mi alma se ha empleado y todo mi caudal a su servicio. Ya no guardo ganado ni tengo otro oficio, que ya sólo en amar es mi ejercicio».

➤ **Bienaventurados los que ahora lloráis...**

Saber llorar con resignación, sin protesta ni inquietud. Convertir lágrimas en perlas. Saber cantar cuando se sufre. Felices los que lloran, ellos serán consolados. «Será el dolor que viniere, en buena hora recibido. Venga, pues que Dios lo quiere... **¿Qué me importa verme herido, si es Dios el que me hiere?»** (Pemán).

➤ **Bienaventurados vosotros cuando os odien los hombres, os excluyan e insulten...**

De los que son perseguidos por amar y servir a Dios. Al declararse sus amigos, son perseguidos por el mundo. Son los incomprendidos de todos los siglos. Los que pueblan el cielo que hoy la liturgia abre ante nuestros ojos extasiados.

—«Madre: arráncame de la tierra, arrástrame al cielo. Quiero irme ya contigo. Sentir cada vez más viva esa nostalgia que enloquece. Nostalgia de cielo que sólo la presencia divina calma».

ORACIÓN - SÚPLICA A LA VIRGEN DE LOURDES

Inmaculada Madre de Dios: Dieciocho veces repites, sin cansarte, tu prodigiosa Aparición. Mirada de cielo. Vestido sedoso como nieve recién caída, plateada por los rayos del sol. ¡Tan hermosa! ¡Tan sencilla! Ni collares, pulseras o anillos. Una sola joya: el Rosario. Cadenilla de oro, espiga engarzando cuentas, blancas como el ara de nuestros altares.

¡Amorosas apariciones! Son tu respuesta misericordiosa a nuestras infidelidades y cobardías, a un mundo en rebeldía contra Dios, anegado en desbordante racionalismo, en depresión religiosa que pervierte y corrompe. ¡Apariciones consoladoras! Irresistible invitación al mundo del espíritu, a navegar en la nave de Dios, a entrar en el camino de la santidad, a vivir Nazaret.

Queremos oír tu voz, escuchar tus palabras, aceptar tu mensaje. Lo necesita un mundo que camina, sin saberlo, por derroteros que llevan al abismo almas y cuerpos, buenos y malos, civilizaciones y pueblos.

¡Madre de mi vida interior! Quiero saborear el inestimable precio del silencio orante, la dicha de vivir contigo, cerca de Jesús. ¡Qué horas tan dulces pasaste a Su lado! No en ociosidad o cómoda quietud, sino orando por la salvación del mundo, mientras repetías: Aquí la esclava... Hágase.

Santa María de Lourdes: Enséñame a ocultarme contigo, cerquita de San José, en Jesús, para sentirte escondido en mí, para «amar y gozar en escondido y deleitarme escondido en El, abrazarle y sentirle dentro de mí y percibir sólo hablas de amor. Así sea.